

Monica Zak

El niño que vivía con los avestruces

Ilustraciones de Enrique Flores



ANAYA



HUEVOS DE AVESTRUZ EN LA ARENA

Un cuervo graznó justo en el momento en que los nómadas del desierto desmontaban sus tiendas. El pequeño grupo de personas detuvo sus tareas y se puso a escuchar. Un cuervo que grazna por la mañana temprano, es mala señal. Sin embargo decidieron comenzar su viaje a través del desierto; no tenían otro remedio, sus camellos y sus cabras se morían de hambre. Muchos años después, Fatma, la joven mujer, volvería a pensar en el graznido del cuervo de aquella mañana.

«Tendríamos que haberlo escuchado —pensaba—. Nunca tendríamos que habernos ido». Pero Fatma, en ese momento, no tenía idea de que, precisamente ese día, sería el día más desgraciado de su vida. En aquel momento, cuando se marcharon, era todavía una madre joven y feliz, no mucho mayor que una niña.

El pequeño grupo de gente, con sus camellos y cabras, comenzó a moverse lentamente por el desierto que en ese momento era de color ocre. Ella

iba sentada en el camello que se balanceaba como si fuera una hamaca, con su pequeño hijo de dos años sobre su regazo. Lo abrazó, le alborotó el cabello y luego le cantó. Su canto no era precisamente una poesía; solo eran palabras alegres que brotaban desde su interior, y que ella le murmuraba sobre su cabello, que olía tan bien.

—Tú eres mi primer hijo, tú eres mi único hijo. Tu nombre es Hadara, y me llenas de alegría. Tan grande es mi alegría como el desierto mismo. Nuestros camellos han adelgazado, las pasturas se han terminado. Ahora buscamos un lugar donde haya agua y hojas verdes. Pequeño Hadara, mi único hijo. Eres tan bello como todas las estrellas del Sahara.

Fatma iba al final. Estaba tan entretenida con sus cantos, que no se dio cuenta de que su camello se había rezagado. Algo blanco en la arena hizo que ella interrumpiera sus cánticos y mirara hacia el costado. Lo que vio, la hizo inmensamente feliz. ¡Era un hoyo lleno de enormes y amarillentos huevos de avestruz!

—¡Parad, deteneos! ¡Encontré huevos de avestruz! —les gritó a los otros, pero no la oyeron.

Los huevos estaban allí, y brillaban al sol. Eran diez, quizás quince. Eso alcanzaría para comida para todos durante días. Fatma tiró de las riendas e hizo que su camello se detuviera y se acostara en el suelo. Saltó de la espalda del animal y puso al niño al lado de los huevos. Todavía estaba inmensamente feliz. Los recogería y sorprendería a los demás.

Pero en el momento en que ella se agachó para recoger uno sucedió algo terrible, lo primero que marcaría para siempre ese día nefasto. Su camello se escapó y desapareció tras la duna más cercana. Perder un camello es una catástrofe para aquellos que viven en el desierto.

—Quédate sentado —le dijo Fatma al niño—. No tengas miedo. Mamá va a traer de vuelta al camello.

Corrió hacia la duna. Su hijo, el pequeño Hadara, de dos años, estaba sentado todavía al lado de los huevos y movía los brazos mientras su mamá desaparecía tan rápidamente que su túnica negra ondulaba alrededor de ella.

Cuando Fatma comenzó a correr, el aire se calmó, pero el viento solo contuvo el aliento. En un momento, un terrible bramido invadió el desierto. La primera tormenta de arena del año había llegado. La tormenta formó una nube de polvo que se arrojó sobre Fatma. No podía ver nada. La arena la golpeaba como un rebenque. Y por la fuerza del viento lo único que podía hacer era arrastrarse y tirar de la tela de su túnica para cubrirse la cara y apretarla contra su cuerpo. De todas maneras la arena se le metía por todas partes y eso la obligaba a mantener los ojos y la boca cerrados.

«Hadara, mi niño —era lo único en lo que ella pensaba—. ¿Cómo estarás? Hadara, mi pequeño, Hadara, mi niño...». Trató de incorporarse para volver con su hijo, pero el viento la tiraba. Hizo varios intentos, pero la tormenta y los latigazos de

arena la frenaban. Parecía que la tormenta duraba una eternidad. Más tarde, cuando ella hablaba sobre este desgraciado día, decía que era la peor que le había tocado vivir, que duró siete días y siete noches, y que nunca en su vida, había sentido tanta desesperación como aquel día. Cuando la tormenta por fin amainó y ella pudo destaparse la cabeza y abrir los ojos nuevamente, no reconoció el paisaje.

Todo había cambiado. Las dunas se habían trasladado y en la arena se habían dibujado nuevos diseños. Del niño no había ni una sola huella. Entonces, Fatma aulló de dolor. Cuando los otros la encontraron, la hallaron dando vueltas y gritando:

—¡Hadara no está! Lo senté al lado de los huevos de avestruz. ¡Ahora no lo puedo encontrar! —Mientras lloraba, cavaba desesperadamente con las manos en todas las dunas que veía.

Buscaron durante días. Solo cuando el agua que habían llevado consigo se terminó, emprendieron la marcha. No habían encontrado al niño ni los huevos de avestruz.

ENTERRADO EN LA ARENA

Makoo, la hembra avestruz, volvió donde estaban sus huevos y vio al niño humano sentado allí; un niño regordete con cabello negro y lacio, con una pequeña y extraña nariz, y por único vestido, una camisa negra. El avestruz sabía que el peligro estaba en el aire. Igual que el camello había intuido que la tormenta de arena se avecinaba y buscó refugio, el avestruz sabía que algo iba a pasar.

Makoo vio al niño y pensó que había que protegerlo. Hizo lo mismo que hubiera hecho con sus propios pichones recién nacidos. Abrió sus alas y cubrió al niño con ellas. Enseguida vino Hogg, su marido, que se pegó a la hembra abriendo sus alas, más grandes que las de su esposa, y cubrió con ellas a Makoo y al niño. Cuando la despiadada tormenta se echó sobre ellos, estrecharon sus pescuezos planos en el suelo. El viento los golpeaba y los remolinos de arena formaron una gruesa manta que los cubrió a los tres. Esto el niño no lo recordaría. Tampoco sus padres avestruces se lo contarían.

Cuando el viento hizo una pausa, se sacudieron la gruesa capa de arena que los cubría y miraron al niño con angustia. Él se sentó y comenzó a llorar. Makoo sufría al escuchar su llanto; sus pichones nunca lloraban. No sabía qué hacer, pero lo empujó con su ancho pico e hizo que se levantara. El niño se puso de pie de una forma insegura, y cuando Makoo comenzó a andar, él no la siguió, como hubiesen hecho sus pichones. Por eso le pidió a su marido que se tendiera en la tierra; de alguna forma logró poner al niño en su espalda, esperando que fuera lo suficientemente despierto para sostenerse cuando su marido se incorporase.

Lentamente los dos avestruces comenzaron a salir de la duna con su extraña carga. Sabían que había una roca a unos metros de allí. La roca era su objetivo. Estaban tensos y nerviosos. ¿Podrían llegar hasta ella? La tormenta solo había hecho una pausa, en cualquier momento se lanzaría sobre ellos nuevamente. Finalmente alcanzaron la roca negra que en otros tiempos los había protegido.

Una parte de la roca se había desprendido del risco formando una pequeña cueva. Los tres alcanzaron la entrada justo en el momento en que el rugido de la tormenta comenzaba a cubrir el desierto. El avestruz macho se tumbó haciendo que el niño resbalara suavemente al suelo al abrigo de la cueva. Hasta allí no llegaban el viento ni la arena.

—De los huevos nos podemos olvidar —dijo Makoo a Hogg—. Con el viento soplando tanto, la



arena se desperdiga. Nunca los volveremos a encontrar.

—No, ya lo sé —respondió Hogg, su marido—. Nosotros podemos tener otros.

—¿Pero qué hacemos con esto? —preguntó la hembra—. ¿Con el pichón? ¡Parece tan indefenso! Espero que no vuelva a llorar.

La conversación entre Makoo y Hogg era silenciosa, los avestruces no tienen cuerdas vocales, por lo tanto no producen ningún sonido. Sus pensamientos se articulaban en silencio. Apenas la hembra había terminado de decir: «Espero que no vuelva a llorar», el niño comenzó a gritar de forma alarmante. Los avestruces se miraron desconsolados; ellos no tenían ninguna experiencia con gritos de niños. De repente, el niño se calló. Miraba fijamente algo que se arrastraba hacia él. Algo negro de diez centímetros de largo.

Era un escorpión que había sido incomodado por indeseables visitas en su propia casa. Ahora se arrastraba hacia el niño, que se reía. El pequeño animal parecía divertido. Estiró su pequeña y regordeta mano hacia el escorpión; este, con la rapidez de un rayo, izó su cola, cargada de veneno, dispuesto a picar a su presa. Pero Makoo fue más rápida. Con su pico le asestó un golpe mortal. El niño tomó el escorpión muerto y se lo puso en la boca. Ese iba a ser el primer recuerdo del niño. Una cueva y un animalito gracioso que se arrastraba hacia él. Más tarde, aprendería a conocer los ocho tipos de escorpiones mortales que habitan en el desierto y apren-

dería a ser especialmente cuidadoso con ellos. Pero en sus recuerdos de infancia no había lugar para el miedo, solamente para cosas fascinantes. ¡El animalito era tan gracioso! Su mamá avestruz lo mató y él se lo comió. Era sabroso. Su primer recuerdo fue feliz.

La tormenta de arena duró mucho tiempo y los avestruces desecharon cualquier esperanza de encontrar el nido con los huevos. A partir de ese momento concentraron todas sus energías en el niño. Por las noches desenterraban escarabajos negros de la arena y se los daban para comer. Los alegró ver que el niño tenía buenos dientes y podía masticar bien. También escarbaban en la arena que se amontonaba en la entrada de la cueva. Allí encontraron unas larvas de color rosado con las que también lo alimentaban. Las larvas se movían en su lengua y le hacían cosquillas. Así que, antes de tragarlas, el niño reía. Fue en la cueva donde la mamá avestruz aprendió que la risa era otra diferencia entre un pichón de avestruz y un pichón humano. A ella le gustaba mucho oírlo reír. Y cuando él comía, le hacía señas con la cabeza a su marido, encantada. Como toda madre disfrutaba viendo a su hijo alimentarse.

Fuera la tormenta de arena arreciaba.